

A MODO DE PRESENTACIÓN

In his successisti non Petro, sed Constantino: «En esto no eres sucesor de Pedro sino de Constantino». Esta advertencia dirigida por san Bernardo de Claraval al papa Eugenio III (1145-1153), monje cisterciense, antiguo discípulo suyo, demuestra muy bien que ya en aquella época las mentes más clarividentes del cristianismo eran muy conscientes de la estrecha asociación que se había producido desde el final de la Antigüedad entre la figura del emperador romano y el obispo de Roma. Una asociación que se había fundamentado en dos elaboraciones ideológicas basadas en dos grandes falsificaciones históricas de finales de la Antigüedad y en gran medida complementarias: la Leyenda del papa san Silvestre (*Actus sancti Silvestri*) de finales del siglo v y la Donación de Constantino (*Constitutum Constantini*) de mediados del siglo VIII por las que se atribuyó a los pontífices romanos la supremacía sobre todos los obispos cristianos y el poder temporal que habían detentado los emperadores sobre el Occidente romano. Esta asociación entre papa y emperador, entre poder religioso y poder temporal ha marcado la historia de la Iglesia católica hasta tiempos muy recientes pues convirtió al papado en una institución calificada por el arqueólogo italiano Andrea Carandini como «el segundo y último impe-

rio de Occidente». Fue muy consciente de ello Juan XXIII cuando declaró cuál era su objetivo fundamental al convocar el Concilio Vaticano II: *Io voglio spazzar via la polvere imperiale che c'è, da Costantino, sul trono di Pietro*: «Yo quiero sacudir el polvo imperial que, desde Constantino, permanece sobre el trono de Pedro».

¿Consiguió su objetivo el Concilio? Cuando fue elegido el papa actual Francisco, decidió renunciar a uno de los últimos símbolos imperiales que aún pervivían en la institución del papado, la púrpura, al tiempo que se presentaba ante sus fieles como un simple obispo de Roma. Pero su gesto y su conducta ha encontrado todavía fuertes rechazos en algunos de los representantes más importantes del catolicismo tradicional. Ello es la mejor prueba de hasta qué punto tiene todo su sentido la pregunta que da título a este ensayo y una prueba también de lo ineficaces que fueron las advertencias de san Bernardo de hace ocho siglos. Se explica porque, como vieron muy bien los reformadores de la Iglesia desde la Edad Media, es lo que ha diferenciado durante 1500 años a la Iglesia católica de las otras iglesias.

Las numerosas y duras críticas de muchos católicos al actual papa Francisco por desprenderse de los últimos símbolos de la herencia imperial romana o constantiniana inducen a reflexionar si es posible la supervivencia de la figura del papado sin Constantino y, en cierta medida, de la religión católica desvinculada del papado tradicional. Los teólogos católicos, al igual que los historiadores, defienden que la creencia de que los obispos de Roma son los sucesores de San Pedro es una simple creación teológica, un *theologoumenon*, con menos fundamento histórico que hacerles sucesores de Constantino, tema que se aborda en el presente ensayo. Los más importantes teólogos del Vaticano II, siguiendo las

directrices marcadas Juan XXIII, iniciaron el proceso de acabar de manera definitiva con lo que ellos mismos denominaron «la era constantiniana» del papado (Zamagni 2012). Es esta una historia de ‘larga duración’ que, como lo definió Marie-Dominique Chenu, uno de los más importantes teólogos de Vaticano II, va mucho más allá de la Antigüedad Tardía, y que desde el 313, fecha teórica de la conversión de Constantino, ha atravesado el Feudalismo, el Renacimiento, la Reforma, la Contrarreforma y la Revolución francesa, hasta el punto de que es posible reconocer en Occidente un cierto denominador común de esta forma de civilización, a pesar de las peculiaridades de cada una de estas experiencias históricas y de las numerosas, incluso radicales transformaciones.

La obra que el lector tiene entre manos pretende ser un ensayo histórico que ofrece una visión, si no original, sí muy personal, del larguísimo recorrido de dos mil años que ha vivido la figura del obispo de Roma. Digo que no es original porque el intento de acabar con estos dos mitos en que se ha basado la institución del papado, la sucesión de san Pedro y la herencia del emperador Constantino, no es en absoluto una aportación personal, aunque quizá sí lo sea, en cierta medida, el intento de combinar los documentos de cada momento con la bibliografía más actual para ofrecer a los lectores de lengua española una visión unitaria y fiable de una historia tan apasionante como duradera, pues el papado es la institución más antigua de la cultura occidental.

La bibliografía sobre el tema, antigua y moderna, es enorme, pero he intentado enlazar mi exposición en base tanto a las fuentes como a algunas de las aportaciones históricas que considero más fiables y actualizadas. Afortunadamente, en el 2013, con motivo de conmemorarse los 1700 años de la publicación del mal denominado Edicto de Milán

del emperador Constantino, el prestigioso Istituto della Enciclopedia Italiana tomó la decisión de publicar una obra colectiva bajo el título *Costantino I. Enciclopedia costantiniana sulla figura e l'immagine del imperatore del cosiddetto Editto di Milano 313-2013*, Roma, 2013. En los tres densos volúmenes que abarca la obra, con casi 3.000 páginas a doble columna y la colaboración de más de cien autores de numerosos países, la Enciclopedia representa una síntesis de casi todo lo que hoy día sabemos de la historia de este emperador y de su pervivencia hasta la actualidad, inseparablemente unida a la historia de los papas. Junto a otras publicaciones anteriores y posteriores, me he beneficiado de muchas de las colaboraciones aquí recogidas y que aparecen citadas a lo largo del texto.

El estudioso italiano Giovanni María Vian, gran conocedor de la historia del papado antiguo y actual —ha sido durante doce años director del periódico oficial del Vaticano, *L'Osservatore romano*—, inició una monografía sobre el mismo tema que aquí abordo con esta afirmación: *La Donazione di Costantino è un falso, forse il più famoso della storia occidentale*. Vian escribió su ensayo pensando de manera especial en Italia, escenario privilegiado de la historia de los papas, como demuestra que se incluyese en una colección titulada «L'identità italiana». Yo he escrito el presente ensayo pensando principalmente en los lectores españoles en un país donde la historia de las religiones y, en especial de la católica, es una gran desconocida. Espero poder contribuir de alguna manera a combatir este desconocimiento en un tema tan importante como la historia de la más famosa falsificación de nuestra historia occidental.

CAPÍTULO I

DEL AUGUSTO CRISTIANIZADO AL PAPA COMO SUCESOR DEL EMPERADOR

1. La cristianización de un emperador pagano: Augusto

La estrecha asociación que se produjo al final de la Antigüedad entre el emperador Constantino y el obispo de Roma estuvo precedida y facilitada por lo que se puede denominar la «cristianización» de la figura del emperador Augusto. Se trata de la denominada *teología augustea* de Eusebio de Cesarea, Orosio y otros escritores. Los cristianos de época romana demostraron una veneración por Augusto que estuvo asociada a la idealización de su reinado iniciada ya en vida del emperador. El punto de partida para los cristianos fue la constatación de que se había producido una coincidencia entre el momento de mayor poder y esplendor de Roma con Augusto y el nacimiento de Cristo, algo que solo podía ser obra de la Providencia divina

Al parecer, fue Hipólito romano, un autor de comienzos del siglo III, el primero en relacionar el culmen del poder de Roma con el nacimiento de Cristo¹. Pero fue Orígenes

¹ Hipólito, *In Danielem*, IV, 9, 2.

(+253?) el que más insistió en relacionar la paz de Cristo con la paz romana como condición indispensable para que el Evangelio pudiese ser anunciado a todos los pueblos: «Dios preparó a las naciones para recibir su enseñanza sometiendo a todas ellas al único emperador de Roma, e impidiendo que el aislamiento de las naciones debido a la pluralidad de reinos hiciese más difícil a los apóstoles la ejecución de la orden de Cristo: Id, haced de todas las naciones discípulos de Cristo. Es evidente que Jesús nació bajo el reinado de Augusto quien había, por así decirlo, reducido a una masa uniforme, gracias a su única soberanía, a la mayoría de los hombres de la tierra...»². Y fue también Orígenes el primero en dar una interpretación cristiana del censo decretado por Augusto³.

Medio siglo después, Eusebio de Cesarea incidió de nuevo con mayor entusiasmo en la sincronía Cristo-Augusto y en diversos pasajes de su *Historia Eclesiástica* aplicó a su época ciertas profecías del Antiguo Testamento sobre la paz que considera ya establecida universalmente sobre la tierra con Augusto. Afirma Eusebio de un modo categórico la relación profunda, cronológica y causal, entre la *pax christiana* y la *pax romana*, así como entre la monarquía divina y la monarquía imperial. En el momento de la aparición de Cristo, Augusto funda el Imperio y reemplaza la poliarquía, generadora de guerras, por la monarquía, generadora de paz e indispensable para la difusión del evangelio: «Es un hecho digno de resaltar y que no puede ser considerado como accidental que la mayor parte de las naciones del mundo no habían estado antes sometidas al único imperio romano, sino a partir de la época de Jesús. En efecto, su maravillosa presencia entre los

² Orígenes, *Contra Celso* 2, 30

³ Orígenes, *Homil. In Lucam* 21.

hombres coincidió con el momento en que Roma alcanzó la cumbre de su poder y Augusto se constituyó en el jefe supremo de la mayoría de las naciones... Nadie puede negar que la coincidencia de todo esto con el inicio de la evangelización no constituye una disposición divina, sobre todo si se considera la dificultad que habrían tenido los discípulos para viajar si los pueblos hubieran estado en guerra unos contra otros y divididos por la diversidad de gobiernos...»⁴.

Desde esta interpretación providencial de la historia de Roma, era inevitable que, al igual que los cristianos aplicaron a Cristo algunas profecías del Antiguo Testamento, también utilizasen en el mismo sentido profecías, augurios y prodigios de origen pagano a los que se dio una interpretación cristiana para desarrollar esta asociación divina y providencial entre Cristo y Augusto. Este proceso se inició con lo que podemos denominar la «cristianización» del más grande de los poetas romanos, Virgilio. «*Virgilio es el primero de los nuestros*» declaró Lactancio a comienzos del siglo iv. Virgilio no fue solo el poeta, fue el profeta. A Virgilio se le convirtió en el cuarto mago evangélico llevado por la estrella mesiánica al portal de Belén donde, sobre las rodillas de la Virgen (*Iam redit et Virgo...*), encontró al Niño sonriente: «Comienza a conocer, niño pequeño, con tu sonrisa a tu madre...»⁵. Pero fue el historiador de la Iglesia de comienzos del siglo v, el hispano Orosio, quien mejor desarrolló la «teología augustea» ofreciendo una *interpretatio* cristiana de algunos prodigios paganos relacionados con Augusto, en especial el de la fuente que manó aceite mencionado por diversos autores paganos como Tito Livio (Per. 117), Suetonio (Augusto 95) y Dión

⁴ Eusebio, *Demost. Evang.* 3, 7.

⁵ Virgilio, *Égloga* iv.

Casio (xlv, 4, 4): el mismo día que el Senado decretó, el 6 de enero del 36 a.C., tras su entrada triunfal en Roma, que Augusto ostentase para siempre el poder tribunicio, manó en una taberna del barrio de Trastevere durante todo el día una fuente de aceite. La primera interpretación cristiana aparece, de una manera escueta en san Jerónimo. En su *Chronica ad annum* 1958, después de mencionar el prodigio de la fuente de aceite, añade *significans Christi gratiam ex gentibus*. Pero fue Orosio el que en el libro vi de sus *Historias* relacionó de una manera más sistemática este prodigio con el nacimiento de Cristo mediante interpretaciones que influirán fuertemente en toda la historiografía cristiana durante el Medioevo.

Orosio ve una coincidencia providencial en el hecho de que ese día, el 6 de enero, coincida con el del nacimiento de Cristo, la Epifanía, tal como se celebraba en las iglesias de Oriente, y en el término *meritoria taberna* de que se sirve Suetonio para indicar el lugar del prodigio, aprecia un símbolo de la *hospita et larga Ecclesia*. Veamos algunos textos: «En esos días (6 enero 36 a.C.) manó de la tierra una fuente de aceite en una posada al otro lado del Tíber y corrió durante todo el día con gran abundancia» (*His diebus trans Tiberim e taberna meritoria fons olei exundavit ac per totum diem larguissimo rivo fluxit*)⁶. Y en otro lugar: «En su vuelta triunfal desde Oriente, César entró en la ciudad el día seis de enero, celebrando un triple triunfo... Ninguno de los creyentes, y tampoco de los que niegan nuestra fe, desconocen que ese fue el mismo día, o sea el seis de enero, en que nosotros celebramos la Epifanía, es decir, la aparición y manifestación del misterio»⁷. Y por último: «En Roma durante todo el día manó una fuente de

⁶ Orosio, *Historias* vi, 18,34.

⁷ Orosio, *Historias* vi, 20, 2-4.

aceite... Con esta señal, ¿qué otra cosa se evidenciaba sino que en los días del César, que reinaba en todo el orbe, se declaraba el futuro nacimiento de Cristo? ‘Cristo’, en efecto, significa el ‘Ungido’... Manó a lo largo de un día entero, es decir, durante todo el tiempo que durase el Imperio romano, desde una posada, es decir, desde la hospitalaria y generosa Iglesia»⁸. Insiste Orosio también sobre el mismo tema en términos parecidos a los expresados por Orígenes en otro pasaje de sus *Historias* en que establece la coincidencia entre la *Pax Augustea* y el nacimiento de Cristo: «Y lo hizo también para que en medio de aquella paz que se extendía por doquier, se expandiese rápidamente y sin peligro la gloria de la buena nueva y la rápida fama de la anunciada salvación; e, incluso también para que, al ir sus discípulos por todas partes y reparar entre todos los bienes de la salvación, les estuviese asegurada la libertad de moverse y de hablar como ciudadanos romanos entre ciudadanos romanos»⁹. Aparece aquí claramente expresada una idea que será central en el pensamiento de Orosio, la identificación entre la condición de cristiano y ciudadano romano y que justifica su calificación de la religión cristiana como *christiana romanaque religio*. Pero Orosio hizo también de Cristo un ciudadano romano, un *cives romanus*: «Cristo quiso ser y ser denominado con su venida ciudadano romano»¹⁰. Comentando estos textos de Orosio, el historiador Erik Peterson ha podido escribir en una obra ya clásica: «Este español provincial entrelazó Imperio y Cristianismo como tal vez nadie hizo, y los relacionó de manera impresionante vinculando Augusto a Cristo. Evidentemente, con ello

⁸ Orosio, *Historias* VI, 20, 40-45.

⁹ Orosio, *Historias* VI, 1, 8.

¹⁰ Orosio, *Historias* VI, 22.